



a l'ombra de l'alzina  
a la sombra de la encina  
à l'ombre du chêne  
all'ombra della quercia  
Magdalena Aulina

15-05-2023

*«He aquí que vengo para hacer tu voluntad»* (Hebreos 10,9).

*«María contestó: " He aquí la esclava del Señor;  
hágase en mí según tu palabra" »* (Lucas 1,38).

¡La obediencia! La fe es su secreto. Por eso la obediencia es el signo y el fruto de la fe.

La obediencia es como "un hilo de oro", que tiene su primera propuesta en Abraham, el primer "llamado". Para él, la obediencia fue una prueba y una conquista. Le ordenaron dejarlo todo. Fue llamado a ir a donde Dios le indicaba. Y así lo hizo. Fiel en la prueba.

La obediencia es respuesta continua a la alianza con Dios por parte del pueblo elegido por él. La fidelidad a la ley de Dios es verdadera en la adhesión a su palabra, reconociéndolo como el único Señor, al cual se le debe escuchar y obedecer.

En la plenitud de los tiempos la obediencia encontró forma y gracia en una mujer que siempre escuchaba y daba una escucha obediente: ¡María de Nazaret! La vida de María fue siempre y totalmente obediente a la voluntad del Padre. Desde pequeña se presentó en el templo ofreciéndose toda al Señor. Hasta el pie de la cruz del Hijo Jesús. Pasando por Nazaret, por Belén, por Cana. Hasta Jerusalén. Fue una obediencia que la hizo cada vez más atenta y sensible, que la hizo cada vez más capaz de escudriñar y discernir los signos. Fue una obediencia que la hizo cada vez más hija y esposa y madre.

En medio de este mes de mayo -dedicado a ella-, junto con las "rosas" del rosario diario, dirijámosle nuestra invocación: "Virgen de la escucha, ruega por nosotros. Virgen de la obediencia, ruega por nosotros".

La obediencia es como un "hilo de oro" que encontró su cabeza y recibió su fuerza en aquél en quien Dios Padre lo creó todo: el Verbo. Que encontró su verdadero sentido y su perfecta inspiración en el Verbo hecho Carne que, entrando en el mundo, dijo: "Vengo para hacer, oh Dios, tu voluntad".

Cristo «en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, siendo escuchado por su piedad filial. Y, aun siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer» (Hebreos 5,7-8). «Se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz» (Filipenses 2,8).

En él hemos sido salvados gracias a su obediencia.

La obediencia ha encontrado -y encuentra- expresión en muchas mujeres y en muchos hombres, discípulas y discípulos de Jesús, siervas y siervos de María, que escuchan al Señor y viven cumpliendo su voluntad.

Hemos aprendido que la obediencia no es un silencio resignado ante mandatos incomprensibles. Más bien es la aceptación gozosa de un proyecto mayor.

La obediencia a Dios es una respuesta de amor. Dios no nos obliga a amarlo. Él espera de nosotros, que somos hombres y mujeres libres, una respuesta coherente, fiel y gozosa. Obedecer es experimentar la libertad. El que obedece no deja de querer, sino que trata de identificarse de tal manera con la persona que ama, que hace coincidir la propia voluntad con la suya. Sólo en la voluntad de Dios podemos encontrar la paz.

También la obediencia de Magdalena Aulina a la voluntad de Dios fue total y absoluta. Desde muy pequeña prometió al Señor decirle siempre "sí", y permaneció fiel a ese pacto durante toda su vida. Así, pues, practicó de modo ejemplar la obediencia, primero a Dios, luego a la Iglesia y a sus legítimos ministros. Para ella, la obediencia era fruto del amor y del diálogo. Solía repetir que "la obediencia hace milagros". Creía firmemente que nada es imposible para Dios si nos adherimos total y completamente a su voluntad. Él quiere nuestra adhesión voluntaria, libre y responsable. Quiere que creamos en él, que es amor, que es nuestro padre y creador, que sólo quiere nuestro bien.

Magdalena Aulina es modelo y ejemplo de obediencia. Fue mártir de la obediencia. Fue obediente en el amor. Demostrar su inmenso amor a Dios y su total adhesión al proyecto que él le había encomendado, el de ser "profeta, pionera y fundadora", le supuso muchas incomprensiones y duras sanciones, pero nada turbaba su fe y su esperanza.

La Iglesia ha reconocido oficialmente que Magdalena vivió la obediencia -y las demás virtudes- en grado heroico. Gracias a su plena y firme adhesión a la voluntad de Dios hoy podemos ver en Magdalena a una hermana y a una amiga.

Pidámosle a ella, venerable sierva de Dios, que interceda por nosotros y por nuestras necesidades; que nos acompañe en nuestro camino de la vida; que nos ayude a obedecer la voluntad de Dios con un acto de amor.

En una canción, Magdalena le dice a Jesús: "Soy tuya para siempre, siempre te diré que sí". Ella nos invita a unirnos a su ofrenda obediente.



**Magdalena Aulina**

**[12/12/1897 - 15/05/1956]**